



JESÚS PROPONE: Una familia nueva.

Dentro de aquel grupo de seguidores hay personas de diferente procedencia, pero Jesús los ve a todos como una familia. La nueva familia que Dios quiere ver crecer en el mundo. En torno a él van a aprender a convivir, no como aquella familia patriarcal que han dejado atrás, sino como una familia nueva, unida por el deseo de hacer la voluntad de Dios. Jesús lo decía abiertamente: Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.

No les unen lazos de sangre ni intereses económicos. No se han juntado para defender su estatus social; su honor consiste en hacer la voluntad del Padre de todos. No es una familia estructurada jerárquicamente: entre ellos reina la igualdad. No es una familia encerrada sobre sí misma, sino abierta y acogedora. Sin duda, estos son los dos rasgos que más cuida

Jesús entre sus seguidores y seguidoras: la igualdad de todos y la acogida servicial a los últimos. Esta es la herencia que quiere dejar tras de sí: un movimiento de hermanas y hermanos al servicio de los más pequeños y desvalidos. Este movimiento será símbolo y germen del reino de Dios.

En esta familia no hay maestros de la ley. Su movimiento no ha de estar dirigido por letrados que guíen a gentes ignorantes. Todos han de aprender de Jesús. Todos han de abrirse a la experiencia del reino de Dios. Jesús se alegra precisamente de que a Dios le agrada revelarse a los más pequeños: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y se las ha dado a conocer a los sencillos. Sí, Padre, así te ha parecido bien. En esta nueva familia no hay tampoco padres que imponen su autoridad patriarcal sobre los demás. Nadie ejercerá en su grupo un poder dominante. Nadie ha de llamarse ni ser padre. En el movimiento de Jesús desaparece toda autoridad patriarcal y emerge Dios, el Padre cercano que hace a todos hermanos y hermanas. Nadie está sobre los demás. Nadie es señor de nadie. No hay rangos ni clases. No hay sacerdotes, levitas y pueblo. No hay lugar para los intermediarios. Todos y todas tienen acceso directo e inmediato a Jesús y a Dios, el Padre de todos.

El clima que se respira junto a Jesús está muy lejos de la estructura jerárquica de Qumrán.

En la comunidad del desierto nadie es admitido sin superar el debido examen sobre su espíritu y sus obras y la perfección de su comportamiento; Jesús, por el contrario, llama a Leví a incorporarse directamente al grupo desde su mesa de recaudador, y acoge entre sus seguidores a María de Magdala, la mujer que ha estado poseída por espíritus malignos. En Qumrán, cada miembro de la comunidad tiene asignado su propio lugar: El pequeño obedecerá al grande y todos se someterán a la autoridad de los hijos de Sadoc, los sacerdotes que custodian la



Alianza; en la familia de Jesús, por el contrario, no hay laicos que se someten a sacerdotes ni pequeños que obedecen a grandes; el ideal es hacerse niño, pues de los que son como los niños es el reino de Dios. En las comidas y reuniones de Qumrán, cada uno se sienta en el lugar que le corresponde según su rango: Los sacerdotes se sentarán los primeros, los ancianos los segundos y el resto del pueblo se sentará cada uno según su rango. Con Jesús es diferente. Sus seguidores, hombres y mujeres, se sientan en corro alrededor suyo; nadie se coloca en un rango superior a los demás; todos escuchan su palabra y todos juntos buscan la voluntad de Dios. No se guarda tampoco ningún ritual ni normativa jerárquica en las comidas; a nadie se le reserva un lugar privilegiado en los banquetes de Jesús.

Dentro de esta igualdad fraterna tampoco hay diferencias jerárquicas entre varones y mujeres. No se las valora a estas por su fecundidad ni se las desprecia por su esterilidad. Jesús nunca habla de su pureza o su impureza. No están en el grupo para someterse a las órdenes de los hombres.

Nadie tiene autoridad sobre ellas por el hecho de ser varón. Hombres y mujeres, hijos e hijas de Dios conviven con igual dignidad al servicio de su reino.

Por eso en ninguna de las tradiciones evangélicas se presenta a alguien desempeñando algún tipo de función jerárquica dentro del grupo de discípulos. Jesús no ve a los Doce actuando como sacerdotes con respecto a los demás. No imagina a sus seguidores viviendo según el sistema jerárquico del templo: un sumo sacerdote, sacerdotes de diferentes linajes y un conjunto de levitas. El tipo de relación que quiere promover entre ellos se parece todavía menos al modelo jerárquico vigente en las estructuras políticas del Imperio. Entre sus seguidores quedan invertidos los valores normales de aquella sociedad. La grandeza no se mide por el grado de autoridad que uno pueda ejercer, sino por el servicio que ofrezca a los demás. Jesús le otorga el puesto más distinguido al esclavo, el que ocupa el nivel más bajo en el Imperio: Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones las dominan como señores absolutos y sus grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros. El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea esclavo de todos.

Así imagina Jesús a su familia de seguidores: un grupo de hermanos y hermanas que le siguen para acoger y difundir la compasión de Dios en el mundo. Jesús ni pudo ni quiso poner en marcha una institución fuerte y bien organizada, sino un movimiento curador que fuera transformando el mundo en una actitud de servicio y amor. No pensó en buenos gobernantes ni en doctores expertos. No buscó buenos mandos ni hábiles estrategias. Su primera preocupación es dejar tras de sí un movimiento de hermanos y hermanas, capaces de vivir sirviendo a los últimos. Ellos serán el mejor símbolo y la semilla más eficaz del reino del Reino de Dios.